DOS PALABRAS Y MEDIA SOBRE MIGUEL HERNÁNDEZ

D. JOSÉ SARAMAGO
Premio Nobel de Literatura en 1998 y Presidente de Honor del Congreso

La verdad es que cuando me han invitado a esta función honorífica como Presidente del II Congreso Internacional sobre Miguel Hernández, he constatado que no hay motivo, no soy más que un lector de Miguel Hernández. Decía que no hay motivo. Bueno, entonces, para no discutir, dije que de acuerdo, existe motivo, y me han comentado que debería hablar, si era un Presidente de Congreso digno, y yo he respondido que no sé nada de Hernández para que se pueda exponer en público. Sin embargo, en privado soy capaz de decir, ustedes lo saben, que Miguel Hernández ha sido un gran poeta. Yo he dado un título que no promete nada, pero a la vez, sin duda, cabe entender que despierta una cierta curiosidad. ¿Qué es lo que voy a decir cuando tenga que decir unas breves palabras? No es sencillo porque yo no tenía ningún título pero tenía que decir algo, tenía que dar un título y decir todo y no decir nada, y me encontré recordando la novela, que no es una novela, es la historia fragmentada que de todo forma, arma, construye un todo de Julian Barnes: *Historia del mundo en diez capítulos y medio*, y voy a decir "Dos palabras y media sobre Miguel Hernández". Bueno, esta era la explicación previa y aquí tengo unas cuantas palabras escritas y unas cuantas no escritas, que en su momento improvisaré.

De Napoleón se dice que en el fragor de las batallas, faltando la comodidad de un escritorio, se había socorrido alguna vez del hombro de uno de sus generales para diseñar en el papel un cambio de estrategia o para escribir una carta a la emperatriz Josefina.

En una situación algo similar, la diferencia fundamental de los seres no es utilizar la sudada y maloliente espalda de un decorado oficial de granaderos, se ha encontrado al vizconde de Valmont al servicio de las suaves nalgas de una prostituta para escribir a madame de Merteuil, maestra y aliada suya, sobre incorruptibles vírgenes falsamente ingenuas, casi indudablemente arrastradas a las tentaciones de la carne, caso de madame Torvel.

Me refiero, como nadie ignora aquí, a la historia narrada en francés, en castellano publicada con el título de *Las amistades peligrosas*, lo cual me desconcierta y me deja perplejo, puesto que en la obra maestra de Choderlos de Laclos se puede encontrar de todo pero nunca jamás amistades.

En tiempos mucho más recientes hubo un rey en un país no identificado que se sirvió del hombro de la mujer de la limpieza de palacio para ordenar al capitán de su puerto que entregara una vieja carabela recuperada, al hombre que le había pedido un barco para ir a la busca de una isla desconocida.

Emulando estos sucesos, en el día 1 de febrero de 1931 un mozo pastor de 20 años, llamado Miguel Hernández Gilabert, escribió también él, una carta nada más y nada menos que sobre el lomo de una cabra, supongo que tal cometido ninguno se había atrevido a hacerlo antes y estoy casi seguro que ninguno lo ha repetido después, incluso hasta los tiempos de ahora. Lo que es muy comprensible si recordamos que el lomo de las cabras mayormente si su dueño solamente les pide la leche y los cabritos tiene más hueso que carne, si fuera pastor de cerdos otro gallo cantaría.

Hablando con perfecto conocimiento de causa puedo aseguraros que la anchura y la firmeza del lomo de un cerdo aunque no estuviera bien nutrido ofrecería seguridad a la mano y a la escritura la más cómoda de las mesas.

Yo me doy a mí mismo permiso para dudar de una situación que sólo la más arriesgada licencia poética ha podido salvar de la acusación de inverosimilitud.

Ahora bien, sobre esa carta completamente abierta, escrita por Miguel Hernández a todos los oriolanos cuando todavía no había cumplido 21 años, se extraen las dos palabras y media emitidas en el título, y aquí interrumpo para decir que hay que tener en cuenta que la adaptación que yo voy a hacer sobre este poema, sobre esta carta escrita a los oriolanos, sólo cuenta con lo que yo llamaría mi percepción o mi visión personal, porque yo no podría de ninguna forma porque no sé tanto, y aunque reventara todos mis caballos estudiando, no sabría nunca tanto como Leopoldo de Luis o José Luis Ferris o Jorge Urrutia o Marie Chevallier. Entonces para mí es esto: alguien ha leído algo y sobre eso habla.

He aquí la carta, he aquí el poema, es este el poema o la carta, como decía un buen traductor capaz de pronunciar al castellano una palabra, pero bueno es lo que hay.

Alma de mis oriolanos
¡digo!... oriolanos de mi alma.
A vosotros me dirijo
desde esta carta "arrimada",
que escribo, teniendo por
mesa el lomo de una cabra,
en la milagrosa huerta
mientras cuido la manada,
tras saludaros lo mismo
que hacen todos en las cartas.
Y me dirijo a vosotros

Para... para... para... para...
(¡Ay! Perdonadme un momento.
Voy a echarle una pedrada
a la "Luna", que se ha ido
artera a una bancal de habas,
y el huertano dueño de ellas
me está gritando desgracias.
Bien. Ya la espanté). Prosigo:
¿Os decía?... ¡Ah, sí, sí,...! ¡Calla!
Que me dirijo a vosotros
(¡Rediós! ¡Otra vez la cabra
y el huertano que me grita!
Maldita sea la estampa
del animal que no quiere
que diga lo que empezaba.
¡"Luna"!... Ya escapó). Sigamos.
Y me dirijo así, para
deciros que pienso hacer
con poesías de las dadas
a la luz y de las que están
sin ver la luz para nada
-que son bastantes- un libro.
¡Un libro, un libro! ¿os extraña?
Pues que no os extrañe. ¡Un libro!
Un bello libro que vaya
ilustrado por Penagos,
por Bartolazzi o Pedraza
y prologado por ... ¡vamos!
por el primero que salga.
¿Qué me decís?...¿Que es locura?
¿Que veis muy mal que lo haga?
¿Que no puede ser? ¿Que es mucha
mi presunción y mi audacia?
¿Que me lo he creído...? ¡Cierto!
¡Me lo he creído!¡Palabra!
Me he creído ser poeta
de estro tal que las nubes raya
y digno de contender
con Homero, con Petrarca,
con Virgilio, con Boscán,
con Dante y toda la escuadra
de clásicos que palpita

por ab-aeterno en las páginas...
-y a los que yo no conozco
mas que de oídas... y gracias.
Me he creído que en mi mente
bullen imágenes claras
cual nuestro azul.-¡Vaya símil!
Me he creído que de mi alma
la nube lechosa y pura
-¡Vaya fulgor de metáfora!-
puede dar continua lluvia
de versos de urdimbre mágica.
Me he creído ...(Perdonadme,
que otra vez está en las habas
la "Luna" de mis pecados
y ahora no grita, no: rabia
el huertano. "¡Luná!"¡Toma!
¡Para que otra vez no vayas!)
Os repito: me he creído
Que ¡vamos!, que tengo pasta
de poeta. Que yo puedo
subir muy alto... sin alas.
Vosotros sabéis de sobra
lo que valgo. -¡Dios me valga!
Vosotros habéis leído
los versos que en las preclaras
-adjetivo muy usado,
pero pasa ¿verdad?, pasa
lo mismo que otros más viejos-
revistas de nuestra patria
chica, vengo publicando
con muchas y gruesas faltas
de prosodia y sintaxis,
de ritmo y de consonancia,
en los que hay imitaciones
harto serviles y bajas,
reminiscencias y plagios
y hasta estrofitas copiadas.
Vosotros tras de leerlos
me habéis dicho: "Pastor, ¡vaya!
eres ya todo un poeta".
Y así, con toda mi alma
me lo he creído y con toda

ella, quiero imprimir para
la florida primavera,
cuando todo ríe y habla,
cuando todo sueña y trina,
cuando todo brilla y canta,
un libro que me dé ánimos
para seguir mi sonata
pastoril y me dé gozo
de unos pétalos de fama,
Oriolanos mis paisanos:
-dos hemistiquios que hermanan-
al deciros en mi mal
compuesta y rimada carta,
que pienso tejer un libro
con mis rimas poco gayas,
y poco... ¡bien! No es tan sólo
para que ninguno yazga
ignorante. Es por...por...por...
(Aguardad que dé a la cabra,
que otra vez se fue el habado
bancal y el huertano rabia.
¡"Luna"! ¡"Luna"!...¡Toma, perro!
¡Por volver a las andadas!)
Decía, que es por...por...por...
porque valdría mucha plata
editar el libro... y yo
no puedo valerlo en nada.
¿Me entendéis?... Que yo me he dicho,
digo ¡Ah, si me ayudaran
los oriolanos, salvado,
salvado del todo estaba!
¿Me entendéis?...¿No?...¡Santo Dios!
Hablaré más a las claras.
Que os pido, ¡eso es!, que os pido
una peseta-no falsa-,
un duro, ¡lo que queráis!
para poder ver mis ansias
satisfechas ...¿Me daréis
lo que si no me causara
vergüenza hasta de rodillas
os pidieran mis palabras...?
Confiando en que querréis

tener un artista –en mantas
o mantillas aún, y humilde
y modesto hasta Managua-,
se despide de vosotros,
anticipándoos las gracias,
este pastor a quien viene
a soltar cuatro guantadas
un huertano porque están
en un sembrado su cabras.

Bueno, hablemos un poco de este poema. Lo escribió se supone a los 20 años, cumpliría 21 en octubre del 31 y el poema es de fecha 1 de febrero del 31.

No vale la pena ahora preguntarnos si este es un gran poema, cuando es un gran poema, si aquí se muestra el talento futuro de alguien que será finalmente un gran poeta, no es lo que personalmente me interesa, lo que yo quería aquí a la hora de comprometerme a hablar de Miguel Hernández. Era una visión, una percepción, y en toda la obra completa, que la tengo y prácticamente la he leído toda, no sólo ahora, desde hace mucho tiempo. Yo estaba esperando que me apareciera o que me reapareciera el poema que necesitaba, y no es todo lo que ha escrito, los grandes sonetos, todo eso, es algo que ha escrito cuando Miguel Hernández todavía no había llegado a Madrid, eso ocurrió en diciembre de ese mismo año y además es una carta escrita a sus contemporáneos más cercanos, los oriolanos. Yo no sé cuándo ha sido publicado esto, yo no sé si los oriolanos han tenido conocimiento de esta carta, yo no sé si Miguel Hernández la ha recitado, no sé nada y tampoco me interesa. Lo que me interesa, en primer lugar, es fácil y se ha dicho que hay aquí una capacidad autocrítica absolutamente sorprendente para un chico que tiene 20 años. Pero más que autocrítica es obvio que cuando está diciendo aquí que en sus poemas

vengo publicando
con muchas y gruesas faltas
de prosodia y sintaxis,
de ritmo y de consonancia,
en los que hay imitaciones
harto serviles y bajas,
reminiscencias y plagios
y hasta estrofitas copiadas.

Es decir, Miguel Hernández está diciendo: mira yo he hecho lo que probablemente los poetas hacen o han hecho alguna vez en su vida, pero aquí yo lo dejo muy claro. Hay, por lo menos yo lo entiendo así, en Miguel Hernández una especie de sentido o de necesidad de autoflagelación. No será fácil a partir de este poema demostrarlo, en todo caso esa idea es constante, surge periódicamente.

Yo creo que a Miguel Hernández le gustaría que lo tomáramos en serio, pero, como eso no está ocurriendo aún, y falta saber hasta qué punto ocurrió después, hasta el día de su muerte tomarlo en serio. Ya está diciendo aquí, ya está ironizándose a sí mismo, cuando habla aquí:

.....en mi mente
bullen imágenes claras
cual nuestro azul, *añade* ¡Vaya símil!
Me he creído que de mi alma
la nube lechosa y pura
añade ¡vaya fulgor de metáfora!

Es decir, no se toma en serio y es increíble como ocurre esto, porque si alguien se toma muy en serio es un poeta a la edad de 20 años. Está absolutamente convencido que lo que está haciendo no puede hacerlo mejor, es lo mejor que se puede hacer y, por tanto, se toma en serio para que tenga conciencia de sus límites, pero dentro de sus límites, en el interior de esa raya, él se toma en serio y Miguel Hernández no. Y no lo hace por capricho. Miguel Hernández mira atrás y, ¿qué es lo que encuentra?. Encuentra que ha recibido una educación en un establecimiento religioso, lo que en esa época no sorprende nada, encuentra una vida que es la suya y de su familia, que no era tan pobre como se decía, pero encuentra necesidades no satisfechas y que ahora quiere dedicar su libro, entonces ahí se satisfarán sus necesidades. Encuentra cabras pero la cuestión es saber si estas cabras han sido una especie de carga que llevará toda su vida o, sí por el contrario, es una de las pocas cosas que para Miguel Hernández tiene importancia. Cuando dice: "ustedes pueden poner a mi disposición un rebaño de cabras", no necesitaba decirlo porque cuando salió del tren en Atocha a lo mejor la gente no se había dado cuenta, pero yo tal vez cuento con las cabras, y por todo Madrid Miguel Hernández llevó sus cabras y encontró gente a quien le gustaban las cabras y por eso aquellos han simpatizado, han estimado, han admirado a Miguel Hernández. Pero algunos quizás por las cabras, quizás por Miguel Hernández, no sólo no lo entendieron como lo han demostrado con una crueldad, con una frialdad, absolutamente aterradora, hablaremos de eso.

Curiosamente aquí, y esto lo tengo que decir,

...quiero imprimir para
la florida primavera,
cuando todo ríe y habla,
cuanto todo sueña y trina,
cuando todo brilla y canta,
un libro que me dé ánimos
para seguir mi sonata
pastoril.

Esta expresión precisamente podría ser usada por un poeta que no tuviera cabras, que no fuera nunca pastor de cabras porque sonata pastoril, este lenguaje, recuerda los poetas y los poe-

mas e incluso los pastores aparecen idealizados, son una especie de Arcadia, con sus lomos, con sus cabras, con sus ovejas, y todo eso se ha idealizado como si fuera la única vida que realmente valía la pena vivir. Entonces está utilizando aquí mi sonata pastoril para decir que, por favor, no creo que eso sea cierto, pero que no sólo en la vida, que es la mía de pastor, y de chico que ha tenido que sacar de dentro de sí mismo todo lo que llevaría dentro en un ambiente nada propicio; yo quiero a mis cabras, pero no hago de todo esto una sonata pastoril.

El pastor de una forma u otra llega a la ciudad y el problema de Miguel Hernández, según entiendo yo, es que esto le ocurría y mucho más de lo que se podría esperar. Quería convencer a la gente de que él era mucho más que pastor, pero hay que decir que no faltaron los que no han querido ver en Miguel Hernández más que al pastor. Este hombre lo dice con toda la capacidad de análisis de todas las personas que han estado sentadas en este lugar antes y se habló de la obra y se habló de la vida. Yo creo que Miguel Hernández ha hecho algo, que ocurre muchas veces, demasiadas veces, incluso, que ha llamado a la puerta, ha llamado a las puertas, es él en toda su obra y su vida, es el poeta que llamó a las puertas, pero también es el poeta a quien, de alguna forma, las puertas no han sido abiertas. No sabemos qué es lo que pasaría, si la guerra civil, no sabemos qué es lo que pasaría si la enfermedad y la cárcel, no sabemos qué es lo que pasaría, no lo sabremos nunca. Pero yo me pregunto si alguna vez, suponiendo que la vida siguiera y que Miguel Hernández estuviese escribiendo, a lo mejor, incluso, podría estar aquí asistiendo a su Congreso con la edad de 93 años, ¿cuándo? Podría ser realmente reconocido.

Yo no lo digo gratuitamente porque, la verdad, si me permiten, recuerdo una situación en Lisboa en un Congreso sobre Fernando Pessoa, y con la presencia de la familia que queda, una sobrina-nieta y unas cuantas personas más. Yo recordé un pasaje de la vida muy cercana a la muerte, en el cual Fernando estaba enfermo en casa, y llamaron a un médico. La persona que le atendió aquí era un sobrino o algo así. Llegó el médico a la habitación, al dormitorio donde estaba Fernando Pessoa y le dijo al médico estas palabras: "haga el favor de entrar, señor, esta aquí este inútil". A la familia no le gustó nada que en público contara esto, que por otra parte me ha llegado por vía directa del médico, del mismo médico que le atendió.

Hay ciertas personas que no deberían tener descendencia porque a veces la descendencia no es digna. ¿Y qué tiene que ver con Miguel Hernández?. Ahora no me estoy refiriendo a la familia, me estoy refiriendo a todos los que estaban allí vivos entonces y que, durante un tiempo, cuando Miguel Hernández, a pesar de todo lo que escribía, a pesar de su enorme talento, seguía siendo un pastor de cabras. Y no es cierto. Marí Asunción Mateo, que es una mujer encantadora y generosa, ha dicho, que García Lorca admiraba mucho a Miguel Hernández. Pues bien, no es cierto, no es cierto. Federico García Lorca detestaba a Miguel Hernández, no podía estar donde él estuviera ¡no! ¡no!, no es cierto y nosotros somos todos muy buenos.

-¿y Rafael Alberti también?

No, Rafael, no, tuvo algún error, pero Alberti lo compenso con creces a lo largo de toda su vida, hasta el último día de su vida. Pero Lorca no, y Cernuda tampoco. Neruda sí, Vicente Aleixandre, sí.

Y ahora hay aquí una historia ocurrida:

Lorca iba a leer su *La casa de Bernarda Alba* en el domicilio de Vicente Aleixandre pero, cuando supo que estaba Miguel Hernández, no fue. Lorca, no apreciando, no estimando, incluso yo diría una palabra más fuerte, despreciando a Miguel Hernández, no quiso leer su obra porque despreciaría al autor, para admirar la obra. Yo casi, casi apostaría la cabeza que García Lorca no ha leído nunca un solo poema de Miguel Hernández, casi, casi apostaría.

¿Por qué digo esto?. Porque cuando se mitifica todo tenemos una tendencia, una ansiedad a mitificarlo todo, vamos dejando las sombras detrás, como si esas sombras no tuvieran ninguna importancia, pero la tienen toda, porque son las sombras que dan sentido a la luz, una luz sin sombras no es entendible. No es que tengan que existir en la vida de cada uno de nosotros sombras, pero las sombras, de todos modos, sabemos que son inevitables. Y Miguel Hernández no ha podido nunca ser amado por sus, digamos, colegas de poesía. Vicente Aleixandre claro que sí lo estimó muchísimo; Alberti claro que sí; Neruda sí; las fantasías nerudianas son una forma de mitificar las cosas. Yo no es para que venga a complicar el baile, no es realmente mi intención. Pero yo, por lo que he leído, estoy delante de un hombre, de una persona llamada Miguel Hernández, y de todo esto lo único que me interesa es Miguel Hernández, no me interesa nada más. Lo tenemos claro, Miguel Hernández y su entorno, Miguel Hernández y su obra, Miguel Hernández y sus amigos, Miguel Hernández y sus enemigos, todo esto, el tiempo de España, la guerra civil, el "Viento del pueblo", todo eso. Me gustaría quitar todo eso y encontrarme a la persona de Miguel Hernández, buscarla y entenderla, y leyendo todo esto, yo recuerdo que la primera obra de Miguel Hernández que compré en una librería de viejo, hace muchísimos años, en una edición si no me equivoco de Losada, ha sido *El rayo que no cesa*. Entonces cuando digo que a mí lo que me interesa es la persona que escribe un libro, ya sabemos que los poetas dejan sus obras, sus libros, los coleccionistas de todo el mundo, los pintores del mundo y todo el mundo deja cosas y a partir de un momento determinado, bueno, la persona no me interesa nada, lo que me interesa es la obra.

Pero a mí lo que me interesa es la persona por dos razones: porque a los 20 años escribió una carta a los oriolanos y, por otra razón, es que tenía 32 años cuando murió, lo tenía todo por delante y no ha podido concluirlo.

Quien pudiera contar la historia de lo que podría haber sido. Y me conmueve profundamente.

Y esa es mi última palabra, y me conmueve profundamente en una obra densa como está, ha quedado esa carta a los oriolanos.

Yo pienso que todo Miguel Hernández está aquí pero, sobre todo, la persona de Miguel Hernández, que todavía no había llegado a Madrid, no había salido de Orihuela, que escribía pequeñas cosas en las listas, en las precarias listas de mi patria chica como está diciendo aquí, con esa realidad y muerto.

Eso es lo de mi parte, eso está aquí y, sobre todo, esto de Lorca, ¿quién lo habrá sentido?, porque olía a cabras y no olía a cabras y no es que tuviera la obligación de creer a Miguel Hernández, no tenía obligación, ni nadie tiene obligación de creer esto o aquello ¡no!, pero de respetarlo sí, y es una falta de respeto imperdonable saber que en casa de Vicente Aleixandre está un poeta llamado Miguel Hernández y yo, García Lorca, voy a leer mi obra maestra como lo es *La casa de Bernarda Alba*, y me dicen que está Miguel Hernández, entonces no voy a ir.

Esto se le perdona a los genios, pero a los genios no se le tiene que perdonar todo, porque si se le perdonara todo, eso sería una especie de carta de impunidad, porque el genio hace todo lo que entiende aunque sea cruel, aunque sea brutal, pero ¡como es un genio!, pero el genio no merece más que cualquier otra persona.

El problema que yo voy a tener a partir de este momento es que me han pedido el texto de esta charla, hay una parte del texto que es muy divertida, la de Napoleón, la del general y la de que el vizconde de Valmont escribe sobre las nalgas de una prostituta, y la de un rey que escribe sobre el hombro de la mujer de la limpieza de su palacio, y Miguel Hernández escribe sobre el lomo de una cabra, y voy a tener que escribir esto, y como soy muy fiel a lo que he dicho, no voy a tener más remedio que, en ese texto, que será publicado, como me han dicho, voy a tener que hablar de Lorca, que por otra parte, no voy a inventar nada. Yo no tengo un documento que ponga lo de Lorca; yo no he venido esta mañana para decir que Lorca ha hecho esto o aquello.

Pero como siempre, las cosas que no nos gustan, entre paréntesis.

Además, Lorca, ese enorme poeta, pero lo que yo me pregunto es: ¿el enorme poeta no puede ser un gran hombre?. Yo creo que sí, algunos sí lo han sido, Alberti por ejemplo. Pero que no desprecien a los demás, el talento, el genio, no da, no confiere a nadie el derecho de menospreciar o de despreciar, y eso no se lo perdono a Federico García Lorca, rendido delante de su obra, pero no delante del hombre que en este momento, y algunos más, ha hecho algo que yo considero imperdonable. Pero estamos aquí por Miguel Hernández, por tanto voy a terminar diciendo que está al lado de Antonio Machado, está al lado de Rafael Alberti, está al lado de Pablo Neruda y de Federico García Lorca, aunque, a lo mejor si se pusieran todos en fila García Lorca estaría en una punta y Miguel Hernández en la otra punta.

Pero Miguel Hernández está al lado de todos ellos. Pero ahora, como he dicho, es un poeta al que se le cerraron muchas puertas, que se le tenían que haber quedado abiertas de par en par para que él pudiera entrar. Es comprensible, para abrir puertas, que están abiertas claro, si no estuvieran abiertas el Congreso no se celebraría. Hay que mantener esas puertas abier-

tas, eso significa llevar la obra de Miguel Hernández y su vida que es una vida que merece recordarse, al igual que su obra. Miguel Hernández esta ahí, ojalá este hermanamiento que María Asunción Mateo anunció traiga frutos y que la gente vuelva a la lectura y no abandone nunca la lectura de Miguel Hernández, una gran figura humana, y, quizá por deformación personal de mi propio espíritu, no doy más importancia a la obra que a la persona, eso no, lo que cuenta es el ser humano.

Muchas gracias.

Transcripción de Delia Martínez Torres